

## Ética y técnica en la práctica clínica. Reflexiones <sup>1</sup>

*Julia Casamadrid Pérez<sup>2</sup>*

*La ética es saber la diferencia entre lo que  
tienes derecho de hacer y lo que es correcto hacer.*

Potter Stewart

*Uno es dueño de lo que calla y esclavo de lo que habla.*

Sigmund Freud

Era un martes, como muchos otros martes. Estaba en mi consultorio y entró una llamada solicitando una cita, como en otras ocasiones. Porque generalmente, el primer contacto con los pacientes se lleva a cabo a través de una llamada telefónica. Una llamada que nos permite fantasear con ese paciente imaginario, con ese paciente que ya *es*, pero todavía no está frente a nosotros.

*¿Diga?* contesté yo. *¿La Dra. Casamadrid? Sí, dígame.* “Le llamo porque quiero solicitarle una cita, una amiga del trabajo me la recomendó y me dio su teléfono”. *Sí como no, ¿me podría dar su nombre?* (registro en la llamada, la voz de un hombre joven, con un timbre de voz agradable, aunque un poco ansioso). “Me llamo Raúl”, me contestó. (Noto que no me da su apellido, ¿por qué la desconfianza? Pienso yo. Respeto su deseo de guardar su anonimato y continúo) *Gracias Raúl, le podría dar una cita el próximo jueves a las 18:30 horas.* “Perfecto”, contestó él. *¿Tiene usted mi dirección?*, le pregunto. “No, aunque sé que usted tiene su consultorio por San Angel”. *Bien.* Le doy mi dirección y las señas pertinentes para llegar a mi consultorio. “Sí, conozco muy bien esa zona, gracias”, responde Raúl.

---

1 Versión modificada del trabajo presentado en el XLVIII Congreso Nacional de Psicoanálisis La Práctica Psicoanalítica: Convergencias y Divergencias, en la Ciudad de Jalapa, Ver. en diciembre de 2008

2 Doctora en Psicología Clínica, UNAM, Psicoanalista vitalicia y didáctica, Ex directora del Instituto de Psicoanálisis “Ramón Parres” de APM.

*Lo espero el próximo jueves a las 6 treinta de la tarde.* “Gracias Doctora, allá estaré”.

Después de colgar el auricular, no pude sustraerme de pensar y fantasear acerca de este nuevo paciente. *¿Quién es él? ¿Cuál es su problema? ¿Qué espera de un psicoanálisis, quién lo recomienda? ¿Por qué no me dijo el nombre de la persona que lo recomendó? ¿Por qué no me dijo su nombre completo? ¿Por qué desconfía de mí? ¿Qué secreto tiene?* En fin, cientos de preguntas y de posibles respuestas llegaron a mi mente en esos momentos, y yo me pregunto: ¿se pueden considerar momentos analíticos, estos momentos que preceden a la entrevista presencial de una solicitud de cita realizada por vía telefónica?

Llega el jueves... y puntualmente, a las 18:30 hrs. se presentó Raúl; un joven, de unos 40 años, delgado... muy delgado, cabello oscuro, vestido de una manera formal, traje y corbata.

Lo hago pasar a mi consultorio, le señalo el sillón para que tome asiento, y le digo. *Y bien Raúl, dígame usted.* “Gracias Doctora. Bueno, estoy aquí porque creo que voy a entrar a un grave problema y antes de que eso suceda, quiero pedir ayuda.” Se da un silencio... *Lo escucho Raúl...* Silencio... Me doy cuenta que le cuesta trabajo continuar, por lo que decido intervenir y rescatarlo de ese silencio generador de ansiedad. *¿Cuál es el problema en el que usted piensa que va a entrar?* le pregunto. “Es que siento que me estoy deprimiendo mucho y no quiero que me suceda lo que le pasó a un compañero de trabajo, él estuvo a punto de perder todo, tuvo que ser internado, y si no ha sido porque entró a un tratamiento psicoanalítico pierde todo. Yo no quiero que me pase eso a mí.” Me dijo Raúl con voz angustiada.

*(Mi pensamiento, al mismo tiempo que él me estaba platicando de su compañero de trabajo que estuvo a punto de perder todo, me llevó a recordar de una manera muy vivida a Jorge, un paciente que había tratado hacía ya algunos años. Jorge, mi paciente deprimido, que tenía problemas con el manejo del alcohol, mi paciente que había terminado su tratamiento hacía más de tres años. Jorge... uno de los casos más difíciles que he tenido... pero exitoso afortunadamente. Él también, como el compañero de trabajo de Raúl, estuvo a punto de perder todo.)*

“Tengo mucho miedo Doctora”, escucho decir a Raúl. “No me gustaría tener que ser internado. Es que este compañero estuvo tan mal, imagínese llegar a estar internado en un hospital, yo no quiero llegar a eso. A él lo salvó su psicoanalista, afortunadamente fue con una buena analista; por eso decidí buscar una terapia, por eso una amiga me dio su teléfono, por eso

vengo a verla. Yo no quiero llegar a esos extremos... yo no quiero que me internen o perder todo”.

*(Mientras Raúl hablaba, yo me preguntaba, ¿por qué Raúl no buscó a la analista que salvó a su compañero, qué expectativas de salvación tenía Raúl conmigo? ¿Entraría yo en competencia con la analista de su compañero? ¿Sería yo, igual de “buena” que la analista del compañero de trabajo de Raúl?)*

Vuelvo a escuchar a Raul decir: “Tengo miedo, estoy perdiendo peso muy rápido, casi no como, no quiero llegar a estar en riesgo de muerte o que me internen, como lo estuvo mi compañero”.

*(En ese momento recordé cómo yo también tuve mucho miedo que Jorge se tuviera que internar o que se muriera. Eso es algo que no me gustaría que me sucediera en mi práctica profesional, pensaba yo. Que un paciente que estuviera yo tratando psicoanalíticamente se muriera, que se suicidara; como es el suicidio lento de un alcohólico. Sé que yo no soy omnipotente, que los pacientes deciden su vida, y en ocasiones también su muerte. Pero yo no quisiera pasar por la experiencia de que un paciente que esté en análisis conmigo se muriera. Recordé en esos momentos, mientras Raúl hablaba, cómo el médico psiquiatra que trataba también a Jorge me dijo en aquella ocasión: Julia, prepárate, Jorge está muy mal, y si no mejora, no sé qué pueda pasar...)*

Volví a escuchar la voz de Raúl: “Yo me casé hace casi cinco años. A mi esposa la conocí cuando todavía ella estaba casada con otro. Es una historia un tanto compleja, difícil... ya se la iré platicando. Su exesposo, mi mujer, y yo, trabajábamos en el mismo lugar. Fue difícil, hubo muchos problemas, chismes, hubo de todo; al principio él, su exesposo, no se dio cuenta, pero después él supo que yo andaba con su mujer. Aunque trabajábamos en diferentes departamentos fue muy incómodo, a veces coincidíamos en algunos eventos y la situación era horrible. Yo me sentía mal porque, aunque la relación de ellos no era buena, estaban casados todavía cuando yo empecé a salir con la que es ahora mi esposa. En este triángulo yo era el otro; los chismes, la vergüenza, fue horrible. Pero yo la quería mucho, y ella a mí. Ella decidió divorciarse, y después de unos meses nos casamos.

Todo iba muy bien en nuestra relación, pero desde hace un tiempo tenemos problemas muy serios y me siento muy mal, muy triste...”

*(En ese momento recordé que Jorge empieza su problema de alcoholismo y depresión cuando se separa de su esposa, Jorge un hombre narcisista, que había tenido pérdidas tempranas, que no podía sobreponerse a su*

*divorcio y traición de su esposa, que se deprime al no poder enfrentar las condiciones en las que se llevó a cabo su separación. Jorge no lo soportó y buscó refugio en el alcohol. Recuerdo que Jorge se separa cuando se da cuenta que su esposa le es infiel... y con un compañero del trabajo)*

Continúa Raúl: “Ella nunca me ocultó que era casada, cuando yo la conocí yo lo sabía. Ellos tenían muchos problemas, problemas que inclusive llegaron a afectar su trabajo. Él después de un tiempo renunció, porque ya el ambiente en el trabajo era insoportable. Nosotros, la que ahora es mi esposa y yo, decidimos quedarnos en el mismo lugar de trabajo. En aquel entonces los tres teníamos buenos puestos, pero él decidió irse”.

*(Mi mente me vuelve a llevar a Jorge. Recuerdo que él me contó, cómo le afectó el saber que su esposa le era infiel con un compañero del trabajo. Jorge se sentía burlado. En ese entonces, cuando Jorge se divorcia, no estaba en análisis conmigo, pero sí recuerdo que me relató lo difícil que fue para él sobrepasar esa situación, la universidad en donde trabajaba se había convertido en un ambiente lleno de chismes, burlas y desconfianza)*

Escucho a Raúl decir: “Nosotros nos casamos hace más de cuatro años. Mi relación con ella al principio fue buena, pero ya llevamos como 6 meses que tenemos muchos problemas, no sé qué nos pasa. Son pleitos por todo, ella me critica todo, nada le gusta, nada la satisface. Yo creo que está saliendo con alguien más, y eso no lo podría aguantar. No podría aguantar su traición, sus mentiras. Le tengo mucha desconfianza, pienso que ahora, ella me podría traicionar a mí como antes lo hizo con su exesposo; lo siento como castigo, ahora yo voy a ser el engañado. Y eso no lo soportaría. La quiero mucho y le aguantaría todo menos una mentira, una traición. Doctora estoy muy preocupado, porque me siento muy mal y sobre todo porque no tengo ganas de hacer nada, me siento deprimido y estoy bebiendo de más, no tengo ganas de hacer nada, siento que estoy perdiendo peso de una manera muy rápida y sin control”.

Continúa hablando Raúl: “Yo haría hasta lo imposible para que mi esposa y yo pudiéramos resolver nuestros problemas. La quiero mucho, no la quiero perder. Hasta intenté que nos embarazáramos para no perderla; pensé que si teníamos un hijo eso ayudaría a mantener la relación. Pero creo que esto, en lugar de ayudar hizo que explotara todo. Ella no se quiere comprometer, ella no quiere tener más hijos, como ella ya tiene dos... *(Dos hijos, pensé yo, como Jorge que tiene dos hijos... ¿qué está pasando? ¿Por qué tantas semejanzas?)*

“Yo pensaba, me decía Raúl, que ella podría querer tener otro hijo

conmigo porque, aunque ella ya tiene dos, sus hijos no viven en México, se los llevó su papá, porque su exesposo se fue a vivir al extranjero porque él está haciendo una investigación en una universidad en Estados Unidos y pensaron que si vivían los hijos allá, tendrían un ambiente más favorable...”

*(En este momento sentí que yo podía continuar la historia, yo ya la sabía y pensé... Yo sé que Jorge decidió irse a vivir a Estados Unidos porque él es norteamericano y consiguió un trabajo en una Universidad norteamericana. Después de que él salió de la depresión y empezó a reconstruir su vida, decidió irse de México porque aquí no tenía las posibilidades de desarrollo profesional y económico que le ofrecían las universidades en el extranjero... Sí, ahora entiendo, Raúl es el amante de la exesposa de Jorge. La persona que estuvo a punto de morir que me platica Raúl es Jorge, mi expaciente. Yo supe la locura en la que entró Jorge, una locura de inseguridad, desconfianza, de mentiras, de traición. Supe del manejo sádico de relacionarse que tiene Angélica, porque así se llama la exesposa de mi paciente, ahora esposa de Raúl. Es la misma locura a la que está entrando Raúl... la misma manera de dejarse morir... lentamente, dejando de vivir...)*

Vuelvo a escuchar la voz de Raúl que me rescata de mis pensamientos: “¿Sabe qué doctora?, siento que mi esposa está haciendo otra vez lo mismo. Tengo miedo que me traicione como traicionó a su exesposo, y tengo mucho miedo de que yo acabe como acabó su esposo, muy enfermo, en un hospital. Él se salvó, pero ¿yo...?”

*¿Qué hago? pensé yo. Qué trampas nos juega el inconsciente. Raúl está repitiendo en la terapia su historia. Estoy ante lo ya visto, lo siniestro, ¿qué hago? Estamos en un triángulo, con traiciones, y secretos. Raúl no sabe que la referencia que le dio su compañera de universidad es el nombre de la analista de Jorge, Raúl no sabe que viene a solicitar analizarse con la analista de Jorge. Él viene a buscar lo que es de Jorge. Raúl quiere lo que ha tenido Jorge: su analista, su esposa. Pero él viene a mí, sin saber que yo fui la analista de Jorge, sin saber que yo ya conozco su historia, que hace tiempo que yo supe de sus mentiras, de sus traiciones; de las traiciones de Angélica y de él. Que conozco la capacidad que tiene Angélica de enloquecer a sus parejas.*

*En mi cabeza resuenan las palabras que Raúl me dijo al inicio de la sesión, las palabras de este hombre que tengo enfrente y que me dijo muy enfáticamente: “no podría soportar una mentira, una traición”. ¿Qué hago? Pensé. ¿Es traicionarlo si me callo y no le digo quién soy yo y lo*

*escucho analíticamente? ¿Es traicionarlo si, al contrario, hablo y le digo que yo soy la analista de Jorge? ¿Es traicionarlo el darle la opción de elegir entre quedarse y trabajar conmigo, o irse? ¿Qué hago...? El tiempo de la sesión está corriendo, veo el reloj y ya no quedan muchos minutos. Tengo que tomar una decisión. ¿Me callo y lo escucho? O hablo...*

*Reflexiono sobre estas dos opciones de acción. Pienso en el deseo de Raúl, que Raúl viene solicitando un tratamiento psicoanalítico. Que él quiere trabajar conmigo, que yo soy psicoanalista, que esa es mi profesión y que eso es lo que yo hago: psicoanalizar.*

*¿Pero qué va a pasar cuando Raúl llegue a saber que su analista es la misma analista de Jorge? Que yo, su analista, me había dado cuenta de eso en esta primera sesión y que había callado. ¿Qué va a pasar cuando se dé cuenta que el destino o ¿el inconsciente? le jugó esta mala jugada? En esta relación analítica conmigo, Jorge vuelve a ser el otro, y que ahora, así como él es el esposo de la exesposa de Jorge, ahora sería el paciente de la exanalista de Jorge. ¿Será ésta una oportunidad para Raúl de curarse? ¿Será una opción de repetir y elaborar su historia?, o esto es la repetición compulsiva de una vida de traiciones, en donde yo, su analista lo traicionaría con mi silencio. ¿Qué hago?*

Tomar la decisión de qué hacer me fue difícil. Ahora todavía años después, debo de reconocer que no sé si la decisión que tomé fue la correcta.

Se presentaban frente a mí estos tres caminos:

1. Me callaba, lo aceptaba como paciente y cabía la posibilidad de que Raúl nunca supiera que yo había analizado a Jorge.
2. Me callaba, lo aceptaba y cabía la posibilidad de que Raúl a lo largo del tratamiento se enterara que yo había sido la analista de Jorge.
3. Le decía a Raúl que yo había sido la analista de Jorge y le daba a él la oportunidad de decidir si trabajaba o no conmigo psicoanalíticamente.

Tres opciones, tres caminos que tomar.... ¿pero cuál?

Estaba totalmente consciente que, si me callaba y aceptaba trabajar con Raúl, el trabajo psicoanalítico llegaría a ser muy intenso, pero también pensaba que en todos los análisis se juegan emociones y situaciones sumamente fuertes, así que esta situación no haría gran diferencia. Su tratamiento con toda seguridad nos llevaría entre otros aspectos, a analizar la calidad de las relaciones que él establece, en donde los vínculos están

matizados por traiciones y mentiras... como la que tiene con su esposa Angélica, y posiblemente como la que establecería conmigo si yo me callaba y él nunca llegaba a saber que había sido yo la analista de Jorge.

También pensé que si yo callaba y él llegaba a descubrir en algún momento de su análisis que yo había sido la analista de Jorge, se iba a presentar una situación transferencial sumamente intensa, pero pensé que la resolución de esta situación transferencial, independientemente de la calidad e intensidad que tuviera, nos llevaría al entendimiento y resolución de conflictos históricos y que reeditarían en su beneficio. Yo sé que la cura psicoanalítica se da en transferencia, así que esta situación no dañaría al tratamiento, salvo que no pudiera yo manejar la transferencia negativa que seguramente surgiría en Raúl al enterarse que yo había callado, y el riesgo estaba en que la intensidad del afecto negativo de la transferencia lo llevara a abandonar el tratamiento. Pero, aunque estaba consciente del riesgo, esto tampoco fue lo que determinó que mi decisión fuera el tomar la tercera opción: decirle la verdad a Raúl.

Una de las razones que me hizo tomar la decisión definitiva de decirle a Raúl que yo había sido la psicoanalista de Jorge, fue el hecho de que casi desde el inicio del encuentro con Raúl, cuando él me dijo el motivo de consulta, Jorge estuvo presente en mi pensamiento. Es decir, residuos de la transferencia-contratransferencia de Jorge se habían reactivado, se habían hecho presentes en el encuentro con Raúl, y muy posiblemente esto se debía a las altas expectativas que Raúl había puesto en la calidad de mi trabajo como psicoanalista.

También recordé que Raúl me había dicho enfáticamente en esa primera entrevista, que no podría soportar traiciones ni mentiras, y aunque yo nunca hablara de Jorge, porque de eso estaba yo segura, ni introdujera conscientemente afectos o recuerdos de la historia que ambos compartían y que yo conocía a través del análisis de Jorge, yo estaría ocultándole información que yo sabía de él. El hecho de que yo supiera que durante su tratamiento cabría la posibilidad de que se reactivaran residuos inconscientes contratransferenciales, me reafirmó la decisión de decirle la verdad a Raúl; porque eso yo lo vivía como una traición, una traición que Raúl no merecía que yo le hiciera y que él posiblemente, y de una manera inconsciente, estaría buscando en mí para repetir su historia.

Fue así como poco antes de terminar ese primer encuentro analítico yo le dije a Raúl: *que antes de que siguiera compartiéndome su intimidad y debido a que yo había escuchado que él no soportaría una relación en*

*donde hubiera traición o mentiras, yo le tenía que decir que yo era la psicoanalista del exesposo de su mujer. Que esa psicoanalista, utilizando las palabras de Raúl, que había “salvado al exesposo de su mujer”, era yo...*

No puedo olvidar la sorpresa que vi reflejada en su rostro... Después de unos breves momentos le dije: *Raúl no quería que continuara su relato sin que conociera esta situación. Piense si quiere trabajar conmigo o no; y usted decida.* Él después de algunos momentos contestó: *Déjeme pensarlo doctora... Está bien le respondí, nos vemos la semana que entra...*

A la siguiente semana Raúl llegó a la cita muy puntual. Llegó ante mí un Raúl rígido, serio, y con un tono de enojo me dijo: “Doctora lo pensé bien y creo que no podría trabajar con usted. También siento que no sé si tenía usted derecho a decirme que usted era la analista del exesposo de mi mujer, yo quería trabajar con usted, pero ahora ya no...”

Ahora después de mucho tiempo vuelvo a pensar si hice bien o hice mal... No lo sé. Creo que nunca lo sabré. Cada encuentro con un paciente es una situación irreplicable, única. Es el producto del encuentro de dos personas, de dos inconscientes, en un tiempo irrecuperable e irreplicable...

Este encuentro me ha hecho reflexionar mucho sobre técnica y sobre ética psicoanalítica, todavía ahora. Muy seguramente me equivoqué al tomar la decisión de decirle a Raúl quien era yo, porque Raúl se fue y no aceptó analizarse conmigo. Pero no podía hacer otra cosa...

Todavía hoy reflexiono en esta situación analítica, en la disyuntiva en la que me encontré, y todavía hoy no sé qué es lo correcto, técnicamente hablando. Pienso que, si Raúl me había elegido “libremente”, él debía asumir la responsabilidad de este hecho, y que posiblemente hice mal en decirle que yo fui la analista del exesposo de su ahora esposa. Pero por otro lado considero, que no debía guardar ese secreto.

En la relación analítica con Jorge, mi expaciente, se habían presentado momentos muy intensos en el eje transferencia-contratransferencia. Durante su tratamiento, que duró varios años, se reactivaron núcleos depresivos muy intensos, producto de abandonos tempranos que generaron una transferencia muy fuerte. Jorge era voraz en sus demandas, exigía una atención desmedida, en ocasiones parecía insaciable. Hoy pienso que la explicación del porqué se reactivaron tan tempranamente residuos contratransferenciales en el primer y breve encuentro con Raúl, podría deberse al hecho de que, en el primer encuentro, Raúl expresó las altas expectativas que tenía del análisis. Él tenía las expectativas de que yo lo salvara de perder todo, lo salvara de

ser internado, lo protegiera del riesgo de morir. Pero independientemente de la causa que lo originó, se reactivaron restos contratransferenciales que podrían llegar a contaminar el trabajo psicoanalítico que desarrollaría con Raúl, y eso no lo merece ningún paciente, y menos cuando yo ya lo había hecho consciente.

Recuerdo que en esos momentos de la toma de decisión, en ese primer encuentro con Raúl, dentro de mí se debatían aspectos éticos y técnicos, que todavía hoy, años después de ese encuentro analítico, están vigentes. Ética y técnica se entrecruzan en el trabajo analítico, en una línea tan delgada que se pueden confundir. ¿Fue un error técnico que cometí en el encuentro con Raúl?, o ¿fue un aspecto ético el que estuvo presente en esta decisión y en donde le di prioridad al respeto y cuidado que merecen todos los pacientes?

Hoy todavía no lo sé de cierto, lo dejo como un cuestionamiento y un punto de reflexión, en el ejercicio de nuestra práctica. Ya lo decía Freud en 1937 en su trabajo *Análisis Terminable e Interminable*, ***una de las tres profesiones imposibles es psicoanalizar***.

## Resumen

Se presenta una viñeta clínica en donde el paciente, sin saberlo, busca para analizarse a la misma analista del exesposo de su esposa. La analista se da cuenta de esta situación en el primer encuentro. Se cuestiona la decisión de informar o no al paciente de esta coincidencia.

Esta viñeta lleva a reflexionar sobre aspectos técnico-éticos en la práctica psicoanalítica.

**Palabras clave:** práctica psicoanalítica, técnica psicoanalítica, ética psicoanalítica.

## Summary

It is presented a clinical illustration in which the patient doesn't know that the analyst that he contacts is the same analyst of the exhusband of his actual spouse. The psychoanalyst realizes this situation within the first encounter. The author questions the decision of informing or not to the patient this coincidence. This clinical illustration leads to discuss technical and ethical concepts in our psychoanalytical practice

**Keywords:** psychoanalytical practice, psychoanalytic technique, psychoanalytic ethics.

**Bibliografía**

FREUD, S., (1937) Análisis Terminable e interminable. *Obras completas*

Vol. XXIII pag. 219-254 Amorrortu-Argentina

FREUD, S., [www.frasescelebres.com](http://www.frasescelebres.com)

STEWART, P., [www.brainyquote.com](http://www.brainyquote.com)